

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem-Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.

Las humillaciones de Vaso. Su muerte política.—Se acabó la farsa

Don Alfonso A. Carrión no volverá a desempeñar la Alcaldía.

Don José García Vaso, si, por una vez, es fiel á su palabra, dejará de pertenecer al partido liberal, y nosotros habremos de reconocer, que aunque tardamente, el Diputado por Cartagena, adopta la actitud que reclaman su dignidad política, y la magnitud del desaire de que ha sido objeto por parte del Gobierno.

El Sr. García Vaso, exigía absolutamente que don Alfonso A. Carrión, ocupara de nuevo y definitivamente el cargo de Alcalde. El Gobierno en todo momento se negó á ello, considerando que su desatentada gestión, le habla incapacitado para la representación municipal.

Así, en estos tan auténticos términos, se planteó el conflicto, y el señor Vaso hubo de convencerse bien pronto de que la negativa gubernamental era de condición irreductible. Su fracaso se evidenció desde entonces, y entonces también hubiera sido la ocasión oportuna para salvar el prestigio político, apelando al bello gesto de una rebeldía; que una rebeldía, manifestada ahora, y precedida de todo género de depresivas vejaciones, pierda su tinte de dignidad para trocarse en ignominiosa.

Pero el diputado, olvidándose en aquella oportunidad del fuero, preocupó solo de hallar la hoja de parra que encubriese á la vista de los cándidos electores la vergüenza del fracaso, y limitó sus pretensiones á que el señor Carrión fuese repuesto, bajo el compromiso—que desde luego se prestaba á contraer—de abandonar la alcaldía inmediatamente; con lo cual la decisión del Gobierno quedaría cumplida, pues que dicho señor dejaría de ser alcalde, y él —el señor Vaso—no padecería en su crédito político de manera ostensible.

Esa fórmula, que ya por sí reducía á sucios guiñapos el manto del decoro, no fué aceptada sino con modificaciones tan humillantes que rebasan los convencionalismos de la política para entrar de lleno en el orden del agravio personal.

Así, se exigió al Sr. Vaso que entre-

gase firmada la dimisión del Alcalde suspenso antes de resolver el expediente, para de esa manera, tener el Gobierno la garantía y seguridad, de que aquél no volvería de nuevo á desempeñar el cargo.

El Diputado por Cartagena—haciendo ciertamente escaso honor á la representación que ostenta—avinóse á todo, y cumpliendo la previa condición impuesta entregó la dimisión exigida, y ya con ella—á modo de prenda—se prestó el gobierno á otorgar la reposición objeto de tantos anhelos. Una reposición nominal, reposición de opereta, que favorece en verdad bien poco á los favorecidos.

Don Alfonso A. Carrión, no volverá pues, á ocupar la Alcaldía, y convengamos en que en esta primera jornada, no ha salido muy airoso el Diputado popular.

Escrito lo anterior, llega á nosotros la noticia publicada en la pizarra de "La Tierra", según la cual, el gobierno aceptó la dimisión de D. Apolinario, y el Sr. Vaso, en su vista, se separa de la mayoría.

Es el epilogo de la comedia. D. José García Vaso, sabía de antemano que la dimisión sería aceptada, porque el gobierno no consentía que ni por un momento el Sr. Carrión volviese á empuñar la vara de Alcalde, pero quiso prepararse una caída airosa, pretendiendo hacer ver á los incautos, que la presentación de la dimisión no ha obedecido á apremios humillantes, sino á espontáneo alarde de dignidad, encaminado á recatar una ratificación de confianza por parte de los poderes públicos, y que denegada esta, el Diputado ministerial, celoso de sus prestigios, se separa de la comunión política en que venía militando.

El diputado por Calín, ha muerto. Ha muerto para la mayoría ministerial.

Así lo hemos visto en una pizarra colgada en la fachada del *The Times*, y que si hemos de ser francos nos pareció una lápida con el epitafio merecido á un aventurero insignificante. Muere por su enemigo.

Por aquel enemigo, que según frase de Prefumo, llevaba dentro.

Nosotros, que le hemos combatido justamente y que le hemos desnudado sus lacras y sus máculas, hoy ante su cadáver sentimos honda piedad, y le ofrendamos una oración.

¡Que el aroma de nuestra plegaria se confunda con el de las flores de peonia que Gómez Quiles deshojará en su tumba!

¡Paz á los muertos!

Horrible desgracia

Madrid 5-9 m.

Comunican de Santander que se han recibido en aquella capital tele-

gramas dando cuenta de una sensible desgracia ocurrida en las cercanías del pueblo de Comillas.

A las doce de la noche se precipitó al río Fabia por la cortadura del puente Zepeda un automóvil que ocupaba don Félix Galdona dueño del garage de su nombre, el chauffeur y otro viajero.

El señor Galdona pereció ahogado ignorándose el paradero del chauffeur.

Creese que fue arrastrado por las aguas. El viajero se salvó milagrosamente.

La reposición

(SUBÑO DE UNA NOCHE DE VERANO)

¡Oh la vara del alcalde,
nos produce desazones,
pesadillas y disputas,
y calambres y furores!
Apolinario se duerme,
las manos en el cogote,
y en sueño dice: la tengo
segura aunque *chuffle* el Conde.
Y se despierta azorado
y temblón pregunta el pobre:
¿En dónde estará mi vara?
Anaya, dime tú en donde.
En la calle encuentra un paria,
le embiste y le escupe. ¡Córcholis!
¿Has visto la vara mía
que me la robó un fantoche?
Del palacio en el vestíbulo,
á un guapo de los del orden
le pregunta enfurecido:
¿Tienes mi vara, demonches?
En la plaza de Prefumo
se cruza con dos señores
que le chillan: ¡V la vara,
se la has regalado al Bloque!
En la puerta de la tierra,
lo detienen tres faroles
que le anuncian: hay noticias
muy buenas de Lucas Gómez.
Luego en la sala del crimen,
le cercan los galeotes,
le abrazan los pirindolas
y le besan los arcantes.
Él, sorprendido y confuso,
despotrica casi á voces.
y espele telefonemas
urgentes, para la Corte.
Lo jalean, lo ajosigan,
lo azuzan, lo descomponen;
y él con risa de conejo,
los salmos triunfales oye.

De pronto salta en la silla,
se palpa el hinchado abdomen
y brusco desaparece
en los cuartos interiores.
Busca en el número ciento
consuelo á sus emociones,
refugio á sus alegrías,
alivio á sus resquemores.

Vuelve gozoso al salón
donde le atracan los dómines.
Libre de enojosa carga,
vacía sus impresiones.
—¡Estoy despierto ó soñando?
monologuea el muy torpe—
—¡Yo repuesto y sin repulgos!
¡Yo en puja con los mejores!
¡Rabien Muley-Avedillo
y los sumos sacerdotes!

Venga el himno al adroquíl:

"Dios salve á Pepe el gañote."

Los pepinos se levantan,
movidos por un resorte;
se descubren, se arrodillan,
se persignan y se encogen.
¡Dios salve á Pepe el terrible!
cantan roncos los *pepones*.

¡Sálvelo El Oran Arquitecto—
balbucean los tenores.

¡Que lo salve el moro Muzal—
los barítonos responden.

¡Que lo salve imbécil Cresol—
los bajos gruñen feroces.

¡Dios salve á Pepe Maudinga!—
chillan las triples inmóviles;

y los contraltos repiten:
¡Dios te salve, Pater-Noster!

Cesa la imponente antifona,
enmudecen los cantores,

y en uu sepulcral silencio
espiran los ecos dóciles.

Se yergue Apoli beatífico,
se despide de sus cómplices,

y abandona el areopago
seguido de guardia noble.

Penetra en su domicilio,
se alfoja los pantalones

y satisfecho murmura:
¡esto tiene tres bemoles!

X. Y. Z.

El nuevo Director de las Obras del Puerto

Don Francisco de Albacete es hijo de un ilustre cartagenero, el Exmo. señor Don Salvador de Albacete, Ministro de la Corona que fué y Gobernador del Banco de España. Desde los primeros años de ejercicio en su profesión demostró inteligencia, celo y gran activi-

dad en los distintos cargos que ha ocupado.

Estuvo al frente de los trabajos hechos en Almería cuando las inundaciones del año 1891, al servicio de la Comisaría Regia, distinguiéndose notablemente.

Posteriormente se encargó del servicio marítimo de la Isla de Puerto Rico, donde hizo muchos é importantes proyectos, y realizó obras de grande interés, desempeñando el cargo de In-

deciden á dejarme tranquilo; la ejecución de Lesage activará de ejemplo á los jacobinos.

Al oír estas palabras del emperador, Sibyla se estremeció, sus ojos se empañaron y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas:

—¡Por amor de Dios, Sire, perdonadme!— exclamó cayendo á los pies del emperador.

Napoleón, furioso, golpeó el suelo con el pie.

—Repito que me es imposible concederos la gracia que me pedís. ¡Las decisiones que tomo para seguridad del Estado son irrevocables! Tiempo es ya de que los jacobinos empiencen á conocerme.

El acento resuelto del emperador y su semblante severo no dejaba lugar á esperar de clemencia.

Sibyla insistió:

—Sire, es inocente, os lo juro.

—Su muerte será ejemplo de todos modos...

Perdonadme, señor y yo os juro que en lo sucesivo os será fiel y obediente.

—Señor de Laval, llevos á vuestra prima.

Constant y yo ayudamos á Sibyla á levantarse.

—Sire—añadió cuando tratábamos de llevárnosla, ¿deca que hace falta un ejemplo? ¿Y Toussac?

Los bellos ojos claros del teniente se llenaron de lágrimas, y las guías de su bigote rubio se le cayeron de tan grotesca manera, que yo hubiera reído de buena gana si la ocasión no fura tan triste.

—He encontrado á M. Geier cuando atravesé el campo—dijo mi prima—y me acompañó hasta aquí. ¡Es tan bueno que se interesa por mis penas!

—Yo también, prima mía, participo de ellas—exclamé.—¡Sois tan buena, tan animosa!... ¡Qué feliz aquel á quien honráis con vuestro cariño y vuestra solicitud!... ¿Pero es que lo merece verdaderamente?

Desde el momento en que formulaba la menor duda sobre el valor ó la lealtad de su prometido, Sibyla se ergía bravamente.

—¡Le conozco mejor que vos mejor que el emperador!—exclamó.—¡Luciano tiene un alma demasiado noble para entodarse en el fango de los *compots* y de las traiciones!... Fué Toussac quien causó el daño. ¡Toussac es un miserable un asesino, un miserable! Mientras que Toussac viva no habrá ni un momento de paz en Francia. ¡Ah! ¡Para que no haya piedad!...

Su cara se iluminó súbitamente con relámpagos terribles de audacia y de rencor.

Yo bajé los ojos humillado.

—¡Dios mío!—exclamó el emperador, que había reparado mi turbación.—No tiene un empleo muy brillante, en efecto, pero me rinde grandes servicios. ¿Es cierto que Bernac posee los bienes de vuestro padre?

—Sí, Sire.

El emperador me contempló con aire de desconfianza.

—¿Y vuestro regreso á Francia se debe á la esperanza de recobrar vuestros derechos?

—No, Sire—exclamé.—Yo quiero hacerme una fortuna por mi propio esfuerzo.

—¡Muy bien!... Es más glorioso fundar una raza que perpetuarla—añadió.—Por lo demás, señor de Laval, yo no podría devolveros vuestro patrimonio, porque las cosas van tan mal en Francia, que si empezáramos á hacer restituciones no acabaríamos nunca. Perderíamos la confianza pública. Mis más fieles partidarios son hoy los poseedores de tierras abandonadas por los emigrantes; y mientras estas gentes me miran, conservarán sus feudos. Pero ¿qué deeará Mile, de Bernac?... Constant, decidid que pase.

Un momento después mi prima entró. Estaba demasiado pálida; sus ojos brillaban extremadamente como consumidos por la fiebre; marchaba con paso lento y su aspecto era lastimoso.